



LIBRO, yo te leo

Lygia Bojunga¹

Brasil

Viví seis historias.

Historias de amor, quiero decir.

Y, para mí, una historia de amor es una aventura muy intensa.

Tuve bastantes noviazgos; flirteé bastante; probé a casarme; pero historias realmente fueron seis (y lo bueno es que no estoy libre de alguna otra...)

Otra cosa buena: siempre he hablado de todas ellas con mucho entusiasmo y sintiéndome muy a gusto. Como me gustaría hablar hoy aquí. Quiero decir, de todas no: hubo una que acabé escondiendo. E incluso hoy, que voy a hablar de ella, voy a decir el pecado, pero no el pecador.

Tenía siete años cuando me regalaron un libro do Monteiro Lobato titulado *Reinações de Narizinho*. Un libro gordísimo. Solo de mirarlo me sentía exhausta. Di unas gracias de las menos convencidas de mi vida, escondí el libro en un rincón del armario y volví a mis cómics.

Mi a prendizaje de la lectura estaba muy fresco y andaba a vueltas con historias en viñetas. Hablaban de gente que estaba muy bien, me encantaban, pero, ¡yo qué sé!, ¡eran tan diferentes a mí! Vivían en unos lugares de los que yo nunca había oído hablar; tenían nombres extraños (¡a veces acababan en *h!*), ¿cómo es? ¿Cómo se dice exactamente ese Flash? ¿*Flachi*? *Flachi* Gordon? Y si yo contaba, por ejemplo: “hoy he leído que Mandrake perdió el sombrero, siempre tenía a alguien cerca de mí que estaba aprendiendo inglés y que me quería demostrar que sabía más que yo: “No es así como se dice, enana, es *Mandreike*”.

¿*Mandreike*?

Empecé a pensar que aquello de leer no era tan sencillo como mondar una naranja, jugar a la rayuela o cantar al son de la música que tocaba la radio.

¹ Una de las más importantes escritoras de la literatura brasileña. A lo largo de cinco años estuvo al frente de una escuela para combatir el analfabetismo en las zonas rurales y en los últimos años dirige el proyecto literario, editorial y social “Casa Lygia Bojunga”, con sede en el barrio carioca de Santa Teresa. Fue la primera escritora, no europea ni estadounidense, que ganó el premio Hans Christian Andersen. En 2004 ganó en Suecia, por el conjunto de su obra, el premio Astrid Lindgren Memorial Award.



Y si, en vez de leer, me leían, sucedía que la cosa no se simplificaba: mi padre y mi madre me leían historias de una colección de libritos para niños que tenían por allí en casa, impresos en Portugal y llenos de princesas, posadas, escopetas, arcabuces, abadesas rezando vísperas, chiquillas en la rueda de hilar...

¿Qué?

¿Cómo es?

¿Lee otra vez?

¿Qué es eso?

Y cuando decían: es portugués, ¿no te das cuenta, hija mía? ¡A mí me parecía tan raro! ¿Pero no es nuestra lengua?

Lo era.

Bueno, pero entonces eso de leer era muy pesado, ¿no es cierto?

Y en eso mi tío, que me había regalado *Reinações de Narizinho* (y que era un tío al que yo adoraba), llegó a nuestra casa y quiso saber: “¿Y bien? ¿Te gustó el libro?” Yo hice un gesto algo vago.

Pasado un tiempo insistió otra vez: “¿Qué tal? ¿Lo has leído?” No me quedaba más remedio: saqué el libro del armario, le limpié el polvo, me armé de valor y empecé a leer: “En una casita blanca, allá en el lugar del Picapau Amarelo...” Y cuando llegué al final volví otra vez al principio. “En una casita blanca, allá en el lugar del Picapau Amarelo”, y seguí leyendo otra vez, volviendo atrás en un capítulo, revisitando otro, leyendo de atrás hacia adelante, y toda aquella gente del lugar del Picapau Amarelo se convirtió en *mi gente*.

Sobre todo una muñeca de trapo llamada Emilia, que hacía y decía todo lo que se le venía a la cabeza. ¡Emilia me fascinaba! ¡Virgen santa!, ¿cómo puede tener el valor de decir eso? ¡Ah, yo también voy a hacer lo mismo!

Pero andaba lejos de imaginar que estaba viviendo mi primera historia de amor.

En casa me veían tan entregada a ese libro, tan quietecita en un rincón, solos los dos, que me dieron corriendo un montón de libros de Monteiro Lobato. Los leí, los probé todos y disfruté mucho. Pero *Reinações de Narizinho* me había producido un placer tan intenso, que era a él adonde volvía siempre a lo largo de mi infancia. Ese libro sacudió mi imaginación. Y la despertó. Ahora... ella quería imaginar.



Ese despertar de la imaginación comenzó a cambiarlo todo. De repente, ya no me bastaba con cantar al son de la música que sonaba en la radio limitándome a repetir las letras y nada más. Recuerdo una música que cantaba siempre y que hablaba de una tal María abriendo la ventana en una mañana de sol y laralalá no sé qué, pero que, ahora, cantaba imaginándome la ventana: ¿era verde? ¿tenía persiana veneciana? ¿Y María cómo era? ¿Era gorda, era delgada, tenía flequillo como yo?

En el momento de saltar a la rayuela, la piedra con la que iba a jugar se quedaba en el aire. Mi imaginación imaginaba: ¿y si, en vez de tirar la piedra así, la tiro así?

Pero lo que mi imaginación quería realmente era volver a aquel mundo encantado que Lobato había creado e imaginarme el tamaño y el color de la piedrecita que Emilia se había tragado (y que no era una piedrecita ni nada parecido, era una píldora habladora); y cómo me las iba a arreglar yo para encontrarme con doña Araña costurera, que había hecho el vestido de boda de Narzinho, y pedirle que me hiciera también a mí el vestido, cuando me casara.

Imaginando. Imaginando. Pero tan lejos de imaginar lo que *es* imaginar.

Ya no paré nunca más de leer.

Me gustaba.

No me gustaba.

Me gustaba más.

Me gustaba menos.

Me enamoraba este libro.

Flirteaba con aquel otro.

Pero nada muy intenso.

Esa intensidad solo volvió a aparecer cuando tenía 17 años.

Solo que en esa ocasión *descubrí* a dos escritores al mismo tiempo y me enamoré de los dos larga y perdidamente.

Lo que había tenido tanto valor en mi infancia –el carácter brasileño de Lobato– parecía que ahora, en la fuerza de la adolescencia, ya no contaba tanto: aquellos dos escritores eran del Norte, no tenían ningún rasgo tropical. Dos hombres que impregnaban su escritura de una atmósfera absolutamente peculiar y, no obstante, procedían de nortes opuestos (uno era norteamericano de Boston; el otro era ruso de



Moscú), creaban en los libros que escribían una atmósfera igual de opresiva, sobrecargada de... ¿angustia? Eso es: también angustia; pero, si tengo que usar una sola palabra para intentar describir el aire que se respiraba en aquellos libros, yo usaría la palabra *desesperación*.

No sé por qué me impliqué tan intensamente en toda aquella desesperación (esas cosas nunca las podemos saber). Lo que sé es que me enfrentaba con cualquier dificultad con tal de encontrarme, todo el santo día, con Dostoievski y con Edgar Allan Poe.

Me gustaba muchísimo cada lectura que hacía de *Los hermanos Karamazov*, de las *Memorias de la casa muerta*, de los *Humillados y ofendidos* y de otros libros de Dostoievski. Recuerdo que deambulaba por aquellas páginas mirando constantemente arriba, abajo, buscando una casa, una calle, una chaqueta, un hacha, en fin, un parentesco, un eco de Raskolnikov, que era el personaje central del libro de Dostoievski que más me gustaba: *Crimen y castigo*. Ese libro fue para mí el ejemplo perfecto de en qué medida nosotros, los lectores, podemos implicarnos emocionalmente con un personaje literario.

Me parecía que *Crimen y castigo* estaba maravillosamente bien escrito; ¡y los personajes eran tan variados! Pero, para ser sincera, mi gran implicación en ese libro se debió a que me enamoré de Raskolnikov, de su desequilibrio, de su desesperación, de la necesidad que tenía... digo que *tenía* porque yo volvía siempre al libro, y entonces la necesidad se iba repitiendo... de la necesidad que tenía de descargar un hachazo en el cráneo de aquella vieja, qué horror, e ir entregándose, despacio, al castigo.

Así, completamente enamorada, yo no quería soltar a Raskolnikov: de día, de noche, en casa, en el colegio, en el autobús, yo tenía que abrir siempre *Crimen y castigo* para encontrarme con él.

Y por primera vez, en diez años de lectora, tuve una ligera idea (todavía muy vaga) de la inquietud que se siente cuando nos enamoramos de un libro: esa ansiedad angustiosa por buscar siempre la manera de quedarme a solas con él; solo yo y el libro.

Fue así: Raskolnikov era realmente una pasión.

Solo que yo salía de allí y me iba a encontrar con Poe...



En ese caso, no era una novela, no era un personaje literario, era la recopilación de cuentos de Poe (todos ellos impregnados de una atmósfera fantástica) la que me fascinaba.

Yo ya sentía, incluso sin ser muy consciente, esa relación tan peculiar, tan única, que une al lector con el escritor, y que hace que el lector sienta la falta de la atmósfera que ciertos escritores crean en los libros que escriben. Falta realmente. Como un amigo, si es una historia positiva. Como un vicio, si es una de esas historias malsanas que también acontecen con el lector y el libro. Y mi historia con Poe caracterizó, exactamente, ese aspecto *atmosférico* del libro.

Poe, con aquella desbordante capacidad imaginativa, creó, cuento a cuento, un cuadro fantástico, extraordinario.

Eran apariciones en noches de nieve y tempestad.

Era un gato negro que perseguía al hombre que lo había matado.

Era un cuervo que se subía a lo alto de la puerta de la casa de un hombre (eso era en un poema, no en un cuento) y se quedaba allí repitiendo: ¡nunca más, nunca más, nunca más a todo!

Eran muertos que no estaban completamente muertos.

Era un hombre que enloquecía por el recuerdo de la mujer amada.

Era un prisionero en el fondo de un pozo, en la más absoluta oscuridad, que andaba tanteando las paredes de aquella prisión horrorosa, para conocer cada pedacito de ella.

Era una atmósfera tan fantásticamente opresiva, que a veces me faltaba el aire.

Eso era Poe.

Ahora yo. Me metí de cabeza.

Por alguna razón que hasta hoy no he conseguido saber muy bien (y tampoco lo pretendo), necesitaba respirar aquel aire. Así que, volviendo de mis encuentros con Dostoievski, llenaba mis pulmones con el aire de Poe.

¡Cómo echaba en falta aquella atmósfera si tenía que pasar un tiempo lejos de ella!

Yo respiraba a Poe angustiándome, incluso atragantándome. Pero, para mí, él era un escritor tan creativo, que, a pesar de la angustia y del ahogo, mi imaginación no



dejaba de beneficiarse de mi relación con él –la mía y la de todos los que, como yo, se sumergían de cabeza en los cuentos que escribía.

Varios años separaron esas tres primeras historias de las otras tres. En ese intervalo me encontré con gran cantidad de libros. Y también con muchas mujeres: Clarice Lispector, Cecília Meireles, Jane Austen. Katherine Mansfield. Fueron encuentros llenos de admiración, de fascinación, de afinidad también. Pero, por más propensa que me sintiera a volver a ellas (y volvía y vuelvo siempre), nunca se produjo esa química que transforma un encuentro en una historia de amor.

También probé unos cuantos emparejamientos...

–Mira, no puedo leer a García Márquez: ahora ya no leo novelas ni cuentos; solo leo historia y geografía.

–Pero una cosa no tiene nada que ver con la otra.

–Para mí, sí. Ahora será únicamente historia y geografía.

–¡Vaya! Mezcla un poquito.

–No, no me gusta la promiscuidad.

Emparejamientos de este tipo...

Un día, cuando ya estaba saliendo de una de esas fases, yo me corrompí (la palabra exacta es esa: co-rrrom-pí) en una historia algo vergonzosa de mi vida de lectora. Se trata de esa historia de la que voy a decir el pecado pero no el pecador. No voy a contar si el pecador es brasileño o no. Tampoco interesa. Lo que interesa es la historia en si misma –muy negativa, por cierto– que me dio la fantástica dimensión de lo que es la gente. La gente, nosotros, los que estamos aquí, los lectores.

Tengo una amiga íntima, Ana Lúcia, que es una de esas lectoras a la que ningún escritor le encontraría defectos: atenta, cuidadosa, dedicada, crítica, muy unida intelectualmente a los libros. Lo contrario que yo que siempre me vinculé a los libros muchísimo más con la emoción que con la cabeza.

Un día, Ana Lúcia llegó a casa y me arrancó de las manos el libro que estaba leyendo, torciendo el morro y señalándome con el dedo:

–¿Sabías que te debería dar vergüenza leer eso?

–De acuerdo, Ana Lúcia, pero dámelo que quiero acabar de leerlo.



–¿Sabías que ese fulano está de moda, todo el mundo lo lee, pero sabías que es muy malo?

–Oh, Ana Lúcia...

–¿Sabías que su romanticismo es viscoso, pegajoso...? Si estás tan necesitada de romanticismo, lee a Fulano, lee a Mengana: romántico por romántico, por lo menos ellos escriben con creatividad, con originalidad.

–Escucha, Ana...

–¿Sabías que ese fulano escribe libros como churros? Siempre usa la misma receta; todo igualito de un libro a otro, de un libro a otro, de un...

–¡¿Me das permiso para disfrutar de este churro, Ana Lúcia?!

Me dijo que yo estaba enferma.

Y así era.

Yo no sabía si había cogido la enfermedad con aquel libro, o si ya estaba dentro de mí, esperando al libro adecuado para manifestarse...

La receta no tenía realmente nada de original: algo de romanticismo (era el ingrediente básico), un poco de violencia, otro de erotismo (parece que tenía dificultades para encontrar ese ingrediente en la forma pura y entonces acababa siempre usando un subterfugio, un poco de porno); y dentro salpicaba unas gotas de suspense, mezclaba todo de un modo muy particular y lo servía sin siquiera darle tiempo para llevarlo al horno.

La primera vez que probé me cayó mal. Me produjo algo así como una especie de acidez intelectual. Es como si quisiera leer un bicarbonato corriendo, como Drummond, como Clarice. Para limpiar.

Pero tiempo después, divertida, me entraron ganas de volver a probar. Y leí el segundo libro de aquel fulano.

Y el tercero.

Y el cuarto.

Y comencé a angustiarme cuando no encontraba otro libro suyo. Entonces me di cuenta de que estaba en un lío. De esos que uno se queda pensando: ¡Madre mía! ¿Cómo es posible que eso me suceda a mí?



Mi corazón latía cuando entraba en una librería y descubría un libro suyo que aún no había leído. Me ponía a leerlo de inmediato. Y lo leía a escondidas. ¡Ah, sí! Acabé leyendo a aquel fulano a escondidas. Para que Ana Lúcia no me volviese a pillar nunca con él. Ni Ana Lúcia ni nadie.

Salía de aquellos encuentros sintiéndome como... contaminada. Pero era como fumar, aunque me contaminase, tenía que leer a fulano.

Pasó el tiempo y me leí todos los libros que escribió (al escribir como churros, está claro que había escrito un montón).

Y cierto día anunciaron su último lanzamiento. Corrí, me lo compré; y me puse a leer con la misma avidez, con el mismo secreto de siempre.

Pero, a medida que iba leyendo, me iba quedando, primero, perpleja; después, indignada. Y cuando llegué al final me sentía, positivamente, traicionada. ¿Dónde estaba la receta? ¿Y todos los ingredientes? ¿El gusto tan conocido? ¡Nada! Nada. El fulano había hecho un viaje a la India y ahora me sacaba todo aquello a lo que me había habituado en sus libros y me ofrecía a cambio descripción tras descripción: del río Ganges, de la puesta de sol en el Tajmahal, de las multitudes de Calcuta, de las calles de Bombay, ¡¿y yo qué hago con eso?!

Vaya, pero ¿cómo me podía hacer algo así? No me había perdido ni un solo libro suyo. Aún a riesgo de contaminarme, le había sido de una fidelidad absoluta, ¿y ahora él me traicionaba así?

El editor lo sabía. El corrector lo sabía. El diseñador de la portada lo sabía. ¡Ah, pero el lector era siempre el último en saberlo!

Rompí el libro al instante (Una publicación sin valor alguno, que se caía de las manos). Telefoneé a Ana Lúcia; me desahugué. Se rió, le pareció gracioso. Yo me puse furiosa; juré que nunca más volvería a leer ni el título de un libro de aquel fulano. Y en medio de esa explosión emocional, de repente, me di cuenta de lo fuerte que es la relación entre un libro y sus lectores.

Aquella sensación de frustración que yo estaba padeciendo –y que se repite cada día, en cada momento, en cada esquina del mundo, cada vez que un escritor decepciona a su lector– me había dado la medida exacta de mi compromiso.



Cuando iba al cine, me quedaba sentada en la oscuridad, saboreando con mis sentidos todo lo que la pantalla me mostraba. Pero sin responsabilidad; sin compromiso.

Y mucho peor si nos sentamos delante del televisor: la cámara masticándome todo en primer plano, mostrándome punto por punto todo; rellenando lo visual con los anuncios de refrigeradores, de cuentas bancarias, de desodorantes. Esa confusión de imágenes me producía una sacudida tras otra.

Sacudida auditiva también: a cada paso el sonido se alteraba para llamar la atención sobre un anuncio que entraba.

Hasta logrando vencer la pasividad imaginativa que tanta sacudida junta me producía; o logrando limpiar la imagen de toda aquella mezcolanza de “mensajes” (como era posible hacer en un vídeo, en una película), incluso así, yo seguía prisionera del ritmo que me marcaba quien estaba del otro lado. Impensable entrar en aquel juego con *mi* ritmo. Era aceptar la cadencia de quien empaquetaba lo visual, y no había nada más que decir.

Pero, a los siete años, un libro titulado *Reinações de Narizinho* había despertado mi imaginación y yo me había convertido en una lectora, es decir, en un ser de imaginación activa, creativa.

Yo, lectora, creo con mi imaginación todo el universo que viene cifrado en esas señales llamadas letras.

Recorro cada página a mi ritmo de lectora. *Allegro. Andante. Allegro vivace.* Soy yo quien determina el ritmo que quiero.

Aparte de eso, mi relación, mi contagio con quien escribe libro son tan intensos, que soy yo también quien va rellenando todos los espacios en blanco –las llamadas interlíneas.

Pensando en eso, concienciándome, se me ocurrió reclamarles algo a los que escriben libros: “Vale, está todo perfecto, has escrito un trozo de texto, pero... ¿y las interlíneas? ¿Y las pausas? ¿Los blancos? ¿Las ambigüedades? Es a mí a quien corresponde llenar todo eso, ¿verdad? A mí: lectora. ¡Y nadie me paga un céntimo de derechos de autor!”



Y en adelante, en esas conversaciones ficticias que mantengo con los que escriben, ¡cuántas veces lo he exigido!

“Mira, francamente, creo que estás abusando de nosotros: ahora hay tantas interlíneas que llenar en los libros que escribes, que no tengo más imaginación para hacerlo”.

“Escucha, no te lo tomes a mal: he estado hablando con Ana Lúcia sobre tu último libro y considero que ella rellenó tus interlíneas tan bien, que quedaron con mucho mejor aspecto que tus líneas...”

¡Qué perspicaz era! (era y es) la participación de Ana Lúcia, la mía, la de la gente que lee. Y fue necesario esa historia (en realidad mucho más de desamor que de amor) para que me diera cuenta de lo que, desde entonces, se volvió tan claro para mí: soy una lectora, por consiguiente, participo íntimamente en ese juego maravilloso que es el libro; soy una lectora, luego, creo.

Mi quinta historia no tuvo ni pizca de desamor. Se llamaba Rainer Maria Rilke. Rilke, como suelo llamarle.

Rilke. Machado. Clarice. Drummond. La gente habla de los escritores con los que disfruta como si se hubiesen criado juntos. ¡Me parece tan maravilloso! Dickens, Flaubert, Eça, Bandeira...

Pero mi historia sucedió con un determinado libro de Rilke: *Cartas a un joven poeta*. Un libro muy delgado, que leí por primera vez en una traducción de Fernanda de Castro, y que constaba de una introducción y diez cartas que Rilke le escribió a un joven aspirante a poeta.

Todavía hoy en día me pregunto si mi gran aventura con las *Cartas* nació porque me identifiqué con la apología de la soledad que Rilke hace en ese libro, o si se produjo por albergar el deseo de ser yo también poeta. No sé. Lo que sí sé es que fue *Cartas a un joven poeta* lo que me enseñó que el escritor es el libro que escribe.

Para mí, *Cartas a un joven poeta* era Rilke, y Rilke era *Cartas a un joven poeta*.

Al entrar en casa: ¿dónde está Rilke?

Al teléfono: vale, voy, sí, pero Rilke va conmigo.

Cuando salgo del cine: detente, detente que Rilke se me cayó al suelo.

¿Una fotografía de Rilke? En aquella época nunca la vi.



¿La biografía de Rilke? Tampoco la leí nunca.

¿Una entrevista con Rilke? Ve tú a saber si realmente me iba a gustar, así que... ¿para qué, si Rilke era *Cartas a un joven poeta* y listo? Tan rápido, pero tan rápido, que nosotras –Ana Lúcia y yo– incluso adoptábamos un tono de cotilleo para hablar de Rilke. Casi siempre por teléfono:

Y entonces, ¿sabes?, Ana Lúcia, dice que no es únicamente la pereza lo que hace que las relaciones humanas se repitan con semejante indecible monotonía; es también el miedo que tenemos a nuevos acontecimientos... ¿Cuáles?... No, no: ¿no recuerdas que él incluso habló de que, si nos imaginamos la existencia de una persona como una habitación, vemos que la gran mayoría solo conoce *aquel* rincón, *aquel* pedacito enfrente de la ventana, *aquella* tira de suelo por donde anda siempre, y que solo así consigue cierta seguridad?... ¡Eso! Estuvo muy bien lo que dijo, que encontraba más humana la inseguridad peligrosa que hacía que los personajes de Poe se quedaran palpando las paredes de aquellas mazmorras: justamente para “conocer todo de los terrores indecibles que resultan de esa curiosidad”... ¿Eh?... Ah, claro, ¿no es cierto, Ana Lúcia?, está claro que me encantó verlo hablando de Poe: eso hace que estemos todavía más unidos... ¿Qué?... ¿Crees que usa excesivamente *indecible*?... Ah, Ana Lúcia, no te soporto.

De tanto ir de acá para allá, de tanto caerse al suelo, el libro se fue deshaciendo; la cubierta se rompió. A estas alturas, ya estaba anotado y comentado en todo el espacio que había de margen: ¡eso es exactamente, Rilke, tienes toda la razón!, y toma signo de exclamación; ah, para ahí, Rilke, me parece a mí que ahora estás exagerando un poco ese asunto de la soledad..., y venía un signo de interrogación detrás de otro, y después aparecían puntos suspensivos, y ponía un subrayado, y también un signo de exclamación; y en un caso como este, incluso con el libro todo estropeado no existe sociedad de consumo que me convenza de tirarlo y comprar otro nuevo. ¡No! Yo quiero ese. Ha vivido conmigo. Ha dormido conmigo. Así que, cuando el libro se quedó en aquel lamentable estado de destrozo, no tuve otro remedio que llevarlo al hospital.

El encuadernador era un hombre bastante viejo, y al principio yo creía que esa era la razón por la que se quedaba meses con cada libro que la gente le llevaba para encuadernar.



Hasta que un día descubrí que era otro de los nuestros: un lector también. Solo que él no compraba libros, únicamente leía el libro que iba a tratar. Y si le gustaban los que le llevaban, como estoy segura de que le gustó Rilke, entonces se quedaba con el libro toda la vida. Para releerlo cada vez que tenía ganas.

Puso cara de desagrado cuando vio el libro destrozado y garabateado, pero hizo su trabajo; cosió todas las páginas; le colocó una tapa dura verde-oscura; le puso letras doradas en el lomo, que en mi opinión no necesitaba en absoluto, pero él era así: ¿el lomo? Necesita letras doradas. Realmente hizo un trabajo excelente. Y cierto día me telefoneó para decirme que daba de alta el libro.

Fui a buscarlo, y resultó muy agradable volver con él, juntos los dos, a casa. Y quedarnos allí de nuevo, sólo nosotros dos, yo repasando una a una sus cartas. Fue un reencuentro muy bonito.

Al principio, no nos perdíamos de vista.

Después, la cosa se fue serenando, sosegando, y entonces él se fue a vivir al estante. Se quedó allí. Con aquella dignidad, con aquella discreción con la que los libros se quedan en el estante esperándonos.

Y el día en que saqué a Rilke del estante para leer una carta suya a una persona, se murió.

Se murió ahogado.

Fue horrible.

Es decir, fue horrible, pero tampoco fue tan horrible como se podría imaginar. Ocurrió lo siguiente. Yo había comenzado a salir con la persona a quien le iba a leer una carta de Rilke. Nos habíamos ido hasta el Arpoador y nos habíamos sentado en la roca. Para charlar frente al mar.

Era un atardecer gris y lluvioso; un viento muy frío; el mar con mucha resaca. Después de un buen rato, hice un movimiento con la pierna y sin querer le di una patada a Rilke, que estaba sentado a nuestro lado, y él se precipitó al mar.

—¡Rilke se ha caído al agua! ¡Rilke se ha caído al agua!

Y yo también me quería meter.

—¿Estás mal de la cabeza, mujer?

—¡Mira, se está ahogando, mira, se está ahogando!



–Calma, calma, compraremos otro Rilke.

–¡No quiero otro, quiero ese que está allá!

–Pero calma, ¿vale? Rilke no es el único poeta, hay otros poetas que...

–¡Que otros poetas, ni nada! Se ahogó.

Y en eso mi novio, que era un tipo muy tranquilo, me empujó hacia atrás, me obligó a tomar asiento y, sin ninguna explicación, sin ninguna preparación, sacó un libro del bolsillo y, como si estuviera continuando una lectura, me leyó un poema que decía así:

La espantosa realidad de las cosas
es mi diario descubrimiento.
Cada cosa es lo que es,
y es difícil explicarle a alguien cómo me alegra esto,
y cuánto me basta.
Basta existir para sentirse completo.
He escrito muchos poemas.
He de escribir muchos más, naturalmente.
Cada poema mío lo dice,
y todos mis poemas son distintos,
porque cada cosa que hay es una manera de decir lo mismo*.

Cerró el libro y yo atisbé: *Poemas* de Alberto Caeiro.

Sucede que a mi novio le encantaba Fernando Pessoa.

Sucede que yo quería a mi novio.

Sucede, además, que yo era bastante joven y, por consiguiente, consideraba que si yo quería a mi novio, tenía que querer todo lo que él quería.

Día gris y lluvioso.

Jazz.

Alpinismo.

Un vino blanco tan seco, tan seco, que provocaba como una especie de calambre en la garganta cuando lo bebíamos.

Y Fernando Pessoa.

Fue así como, en aquel día gris, cuando Rilke se murió ahogado, comencé mi última historia de amor. Una historia que tuvo dos particularidades. La primera es que fue una historia que sucedió en dos tiempos: en aquella época y ahora, más

** Traducción de Ángel Crespo.



recientemente. La segunda es lo que yo estaba comenzando a contar: la historia, en aquel primer tiempo, se quedó con pinta de... ¡yo qué sé! ¿De triángulo amoroso? Pues sí. Porque ese es otro aspecto más del libro: uno puede amar un libro por persona interpuesta.

Nunca –en aquella época– se me ocurrió comprar *un* libro de Fernando Pessoa. Ni siquiera uno delgadito. Y llevarlo para casa y quedarnos solos, ¡nunca!

Y raramente me sucedió encontrarme con mi novio y que él no trajese consigo a Fernando Pessoa.

A veces ya lo venía mostrando desde lejos.

Y cuando se acercaba a mí, venía casi siempre explotando en versos de Pessoa:

Soy un evadido,
Desde que nací
me encerraron dentro de mí,
sí, pero me escapé.

Soy un convaleciente del momento,
vivo en la planta baja del pensamiento.

Estoy desnudo
y me sumerjo en el agua de mi imaginación...

¿Es por ser poeta
por lo que la gente dice que estoy loco?
¿O es por tener completa
la noción de ser poco?*

–¿No es hermoso? ¿No es hermoso? –golpeaba el libro cuando hablaba de Pessoa. Me quedaba mirando a mi novio, ¡y lo encontraba tan bello!

–Ah, sí que lo es, es demasiado.

Y cuántas veces me dijo:

–Mira, no llames a Ana Lúcia para que venga a comer con nosotros. Vamos a quedarnos así, ¿de acuerdo? Nosotros tres.

–De acuerdo... nosotros tres.

Con el paso del tiempo, incluso conseguí responderle a veces con la voz de Fernando Pessoa:

** Traducción de Miguel Ángel Flores



Lo sé bien: la penumbra de la lluvia es elegante.
Lo sé bien: el sol oprime, por ser tan ordinario, un elegante.
Lo sé bien: ser susceptible a los cambios de luz no es elegante.
Pero, ¿quién le dice al sol o a los demás que yo quiero ser elegante?
Denme el cielo azul y el sol visible
Nieblas, lluvias, oscuridad –eso lo tengo yo en mí.

Casi siempre era él quien leía los poemas en voz alta. Pero, a veces, yo también leía. Y me esforzaba por leer bien. Si a él le gustaba, su entusiasmo aumentaba: ¡es genial! ¡Ese tipo es genial!

Yo me sentía tan feliz con el entusiasmo de mi novio, ¡es ge-ni-al!

Nuestro enamoramiento fue pasando, se fue apagando, comenzó a dar cabezadas de sueño, los ojos se cerraban un poco, y un hermoso día cayó en un sueño profundo y nunca más se despertó.

El *jazz*, el gusto por los días de lluvia, el vino que daba calambres, Fernando Pessoa, todo aquello se durmió.

Nunca más me acordé de leer ni siquiera un solo poema de Pessoa.

Y pasaron 17 años.

Un día Ana Lúcia me llamó por teléfono para cenar en un restaurante que nos gusta mucho a las dos.

Era un lunes por la noche.

Fuera caía un chaparrón horroroso.

Pero fui. Y cuando llegué Ana Lúcia ya estaba allí, muy alterada. Me explicó que no sé quién le había telefoneado, y que tenía que irse corriendo a encontrarse con ese tal no sé quién, pero que iba a hacer lo posible por no retrasarse. De pronto abrió el bolso, sacó de su interior un libraco, lo tiró encima de la mesa y dijo: “Mira, te dejo en excelente compañía”. Y salió corriendo.

–¡Oh, pero qué tía más pesada! Dejarme aquí sola, con esa lluvia horrible fuera...

–Cuando me fijé en el libro me quedé totalmente de piedra:– Vaya... Era Fernando Pessoa: *Obra Poética*.

Nos miramos un rato.

Después, abrí el libro, lo hojeé y vi unos poemas que me resultaron vagamente familiares...

Comencé a leer. Así, al azar. Un poema aquí, otro allí, otro allá al final del libro.



Leía y me quedaba enganchada. Y leía más y me encantaba. Y me iba dejando seducir cada vez más por la riqueza de la lengua portuguesa que Fernando Pessoa usaba.

¡Mira, es mi lengua! Qué fuerza tiene. “Aportuguesada”, “abrasileñada”, “amozambicada”, “angelizada” y otros “adas”, ¿qué importa? Es nuestra lengua, es mi lengua y, ¡nuestra! Qué bien la utiliza él...

Ana Lúcia no volvió aquella noche.

Por primera vez, Fernando Pessoa y yo nos quedamos a solas.

¡Qué descubrimiento!

Yo sabía que, ahora sí, comenzaría una verdadera historia de amor entre nosotros dos.

A cada nuevo poema, leído u oído en el pasado, y en el que mi mirada se detenía ahora, volvía todo el mundo, todo el espacio en el que me movía en aquella época.

Mil lugares.

Mil olores.

Mil sensaciones olvidadas de diecisiete años atrás volvieron a mí aquella noche. Y ese es otro de los aspectos maravillosos del libro: guarda, asegura lo que somos cuando nos relacionamos con él; y entonces, pasados los años, podemos visitar, reevaluar, revivir nuestra propia vida, volviendo a los libros con los cuales tuvimos una historia de amor. Está todo allí, retenido, seguro, todas nuestras sensaciones de aquel tiempo. Y no importa que digamos ¡Vaya!, ¿cómo es posible que me haya enamorado de él? ¡Diantre!, hoy no me hubiera enamorado. No importa. Él continúa siendo el depositario de todas aquellas emociones del pasado.

A la una me tuve que marchar porque el restaurante cerró.

Me fui solita, pero... de la mano de Fernando Pessoa.

Y encantada de ver la otra cara hermosa que me enseñó el libro aquella noche: la cara de la paciencia. Él nos espera, pues sabe que la *historia* con nuestra imaginación va a ser tan mágico, tan ilimitado, que vale la pena esperar.



Leer el Mundo
Read the World
Ler o Mundo